

# EN EL PALACIO DE EL PARDO EL DÍA DE LA PASCUA MILITAR

El día 6 de este mes se verificó en el palacio de El Pardo la recepción anual que da ocasión a nuestras Fuerzas Armadas para expresar al Caudillo su felicitación por el nuevo año y su inquebrantable adhesión.

El General Muñoz Grandes, en nombre de los tres Ejércitos, dirigió al Jefe del Estado sentidas palabras para expresar los unánimes sentimientos de las Fuerzas Armadas, a las que contestó éste con las palabras siguientes:

Esta Pascua Militar de Reyes en que la Oficialidad de los Ejércitos, continuando la inveterada tradición, visita a sus superiores para testimoniarles, con su felicitación, su afecto y su lealtad, me ofrece, una vez más, la satisfacción de poder estar entre vosotros y participar en esta modesta fiesta de la familia militar, en que al recibir con el calor de vuestro entusiasmo, vuestra lealtad y afecto, os correspondo con los más íntimos sentimientos de mi corazón, gozoso de volver a lo que fué toda su vida.

Comisiones de vuestro seno han visitado en el día de hoy en todas las guarniciones a los viejos Generales, a los viejos camaradas que, curtidos por los años, superviven de los avatares y acaban sus vidas con esa modestia y con esa austeridad a que aludía el General Muñoz Grandes y que ha sido gala de nuestros Ejércitos; austeridad que fué siempre el símbolo más acusado de la vida militar, que respiramos en los cuarteles en los primeros años de nuestra vida, ya lejanos, en aquellos vetustos edificios húmedos y tristes en los que instruíamos a nuestros soldados, sin perfeccionamientos ni lujos que desentonan de la vida castrense. Esta austeridad la habéis visto reflejada en los hogares de esas familias ejemplares que habéis visitado, en esos viejos Generales, curtidos por los años, que al final de su vida todavía ofrecen a la Nación el holocausto de toda una vida de austeridad.

Las instituciones castrenses han sido al correr de los años los templos en los que durante medio siglo hemos guardado las esencias patrióticas de la Nación; nuestros cuarteles y nuestras casas han sido templos levantados al patriotismo, a la esperanza y a la fe en los destinos de la Patria. A nuestra generación le tocó pechar con todos los inconvenientes derivados de todas las desgracias nacionales y de los errores políticos y de todo orden de la generación que nos precedió, que empequeñeciendo nuestra Patria, la despojaron de su porvenir y de sus ilusiones reduciéndola a una muy pobre nación. Cupo a nuestra generación el honor de romper contra la decadencia, de alzarse en movimiento patriótico para que España sobreviviese y se le otorgase el puesto que en el concierto de las naciones se merecía.

Mas este empeño de nuestra vida vino a coincidir con un momento de transformación y crisis en la de los otros países. Cuando nosotros salimos de la Academia—por lo menos cuando yo salí—no existía todavía el servicio militar obligatorio. Los Ejércitos eran aún de voluntarios. Poco después se impuso el servicio militar obligatorio como un adelanto: amanecía lo que iba a llamarse la "nación en armas"; todos los hombres de una nación contraían la obligación de servirla, pero los Ejércitos arrastraban todavía las armas del siglo pasado. Fué pasada la primera década de éste cuando amanece el reinado de las armas automáticas, cuando empezaron a transformarse



las características de los viejos Ejércitos y que tras dos guerras casi universales nos traen el nuevo concepto de "la nación entera movilizada", la nación entera, con su economía, con sus industrias y con su técnica. Ya importa menos el número de los hombres que una nación moviliza si no los acompañan los elementos materiales por cantidades ingentes y con posible renovación. Se requieren reservas extraordinarias industriales, económicas, científicas y de todo orden para que las naciones puedan pasar por la prueba durísima que una guerra significa. Y ello representa una responsabilidad mucho mayor, ya que no basta que los Ejércitos cuiden y velen sus armas ni que las esencias patrióticas se conserven puras en los cuarteles. ¿De qué les valió a otros países el poseer todo esto, el que sus militares pudieran incluso ser modelo de virtudes y que en cuarteles y establecimientos castrenses los cuadros profesionales rindieran todavía culto al honor y a la disciplina, si, faltas de vigor las naciones, se deshicieron luego como un azucarillo?

Por eso, como en las guerras actuales no solamente sufren los Ejércitos, sino incluso más las retaguardias, es necesario que las naciones enteras se transformen y se pongan en pie si quieren sobrevivir. Este es el esfuerzo cotidiano, ese aliento espiritual y físico que yo os pido tantas veces y que tenemos que proyectar al cuerpo entero de la Nación; que aunque físicamente y aparentemente me encuentre separado por los muros de esta casa o por la distancia del palacio a los cuarteles, son para mí pocas las horas de cada día para que todos estos factores se integren en la vida del Ejército reforzando su esencia y su razón de ser.

Hay que transformar completamente la vida de España, que levantar su industria y reforzar su economía. Sería una quimera el que nosotros pensáramos en una España mejor si esta España iba a ser raquítica, sin industrias, sin los medios económicos más necesarios, viviendo en la estrechez y en la tacañería que hemos tenido que vivir estos años para empezar hoy a ver renacer el sol de nuestra esperanza.

Si hemos llegado a tiempos mejores, lo ha sido gracias a nuestro tesón y a nuestro tesón, a esta unidad de los Ejércitos de España, nervio de la vida nacional que, respaldados por el pueblo, han sabido resistir a las amenazas y a las intrigas que de fuera vinieron. Pero no podemos dormirmos en el triunfo; hemos de pensar que no porque nosotros seamos nobles y leales, porque comulgamos con tres clases de fe: la de Dios, la de la Patria y la del Honor, las practiquen colectivamente los otros pueblos que prescindan de Dios, esquivan la nobleza y olvidan sus compromisos y obligaciones totales. Las mismas naciones que hoy parece que pretenden halagarnos rectificandó errores, sólo lo han hecho en superficie, pero no en el fondo; siguen con la misma mentalidad de antaño y siguen soñando con zonas de predominio o influencias, con las rectorías, pero no las rectorías noblemente ganadas, como las que se otorgan a la inteligencia, a la ciencia o a la investigación; ni siquiera las que ofrece la propia riqueza acumulada y que generosamente se vierte sobre los demás, sino la clandestina, la maliciosa, la de rivalidad que se ensaña con el vencido, la que acecha tras sus rivalidades y envidias. Y esto es lo que sobrevive en Europa por debajo de esa superficie aparente de la O. N. U., de la Sociedad de Naciones y de esos rostros amables de las cancillerías.



Cuando a principios de siglo nacimos nosotros a la vida y al conocimiento de las inquietudes patrióticas, nació en Europa la "Entente Cordiale", o sea, el entendimiento de Francia e Inglaterra para explotar el mundo y predominar en él. Y esa "Entente Cordiale", para ellas, era la enemiga más o menos declarada para sus vecinos, significaba el reparto de las riquezas del mundo por encima del derecho de los demás. Y esa "Entente Cordiale", que parecía iba a desaparecer cada día que venía una paz y había unos vencidos y debían alumbrarse nuevos modos y sociedades de las naciones, seguía, sin embargo, perenne. Y así, tras la segunda guerra mundial, se renuevan esos pactos cordiales y continúan aún en estos días, porque no pasa semana sin que veamos acusarse esa "Entente". ¿Y no es justo que nos preguntemos contra quién se levantaba esa "Entente Cordiale" cuando los ayer rivales permanecen vencidos, deshechos y desarmados? ¡Ah!, contra todo lo que en el horizonte se levanta como más fuerte, y contra los vencidos para que no se recuperen, contra los vecinos para que sigan siendo débiles, contra los poderosos para que no crucen en lo que consideran sus dominios.

He aquí por qué nosotros hemos de pedir hechos, y no sólo palabras. Mientras las realidades internacionales no cambien, podemos ser cordiales amigos, amigos diplomáticamente; pero pensemos siempre en España, en el honor, en la unidad entre los hombres y las tierras de España, en la unión más estrecha entre los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, en nuestra fe y firme voluntad de ser, que es el mejor ofrecimiento que me podéis hacer y que yo elevo a la Patria en el día de hoy.

¡Arriba España!

